

HANS URS VON BALTHASAR

NAVIDAD Y ADORACIÓN



EDICIONES SAN JUAN



Título original: *Hans Urs von Balthasar, Weihnacht und Anbetung* (1977), ©Johannes Verlag Einsiedeln | Traducido del alemán por Juan Manuel Sara | Imágenes: Paul Klee (1879-1940), *Feuer bei Vollmond* 1933 – *Vergesslicher Engel* 1939 | Para la edición en español ©Ediciones San Juan (2017)

www.edicionessanjuan.es

De los tres Reyes Magos que visitan al Niño y a su Madre se dice que se postraron y adoraron. Lo mismo debería decirse de los pastores, toda representación del pesebre nos muestra a los pastores en un gesto de veneración, pues por medio del ángel saben bien que ese Niño es el Salvador, el Mesías, el Señor. ¡Y cuántas imágenes antiguas nos muestran a María en adoración silenciosa ante el Niño amorosamente puesto en el suelo! Los días de Navidad son un tiempo en el que la adoración de Dios –conocida ya por el Antiguo Testamento, por ejemplo en los Salmos– recibe motivos del todo nuevos para encenderse y, gracias a esto, también una forma del todo nueva: nosotros podemos y debemos adorar a Dios en este pequeño Niño que Él nos ha enviado. Esto es tan asombroso que nos fuerza a pensar también de modo nuevo este acto de adoración, que en nuestra época secularizada se nos ha vuelto una realidad extraña en gran medida.

Si aún existe en nosotros una relación personal con Dios, la mayoría de las veces le presentamos nuestras súplicas, y esto es justo; más raramente le agradecemos –de los diez leprosos curados por Jesús, sólo uno retorna para agradecerle–, o cuando un sufrimiento nos golpea, realizamos un acto de entrega devota a la incomprendible voluntad eterna de Dios, y esto también es justo. Pero resignación, sumisión devota a la voluntad de Dios aún no es adoración.

¿Qué es adoración? Dios es único e infinitamente misterioso. Del mismo modo, también el acto por el que lo reconocemos con todo nuestro ser como Dios, nuestro Dios, es único y, por consiguiente, no tan fácil de des-

cribir. Intentémoslo, a pesar de todo: reconocer que solo Dios es por sí mismo, mientras todo lo creado existe sólo por Su querer y actuar omnipotentes y, por ende, no tiene sus raíces en sí mismo, sino en Él, el único incondicionado y absoluto. Reconocer, por tanto, que Dios es lo verdadero por antonomasia, la quintaesencia de toda verdad y, en consecuencia, que Él siempre tiene razón en lo que quiera hacer o dejar acontecer; que es una locura disputar contra Dios, como si fuera posible alegarle un error o un mal, y que el *homme révolté* termina destruyendo su propia esencia. Reconocer que Dios es el bien por antonomasia, la quintaesencia de toda bondad, y por tanto no sólo siempre tiene razón, sino que por su ser y sus disposiciones es digno de ser amado también de modo incondicional, amado con la donación reverente de todo nuestro corazón. Reconocer que Dios es absolutamente bello, la quintaesencia de toda belleza, y por tanto debemos darle razón con sumo entusiasmo y servirle con júbilo, como los Salmos aclaman a Dios exultantes y san Pablo exige de los cristianos: «Cantad himnos de alabanza a Dios llenos de agradecimiento en vuestros corazones». Según la Escritura, Dios como verdad absoluta es «nuestra roca», que nunca puede vacilar, como bondad es nuestro «pastor», las «alas bajo las cuales estamos protegidos», como belleza es el Señor de la «gloria», nuestra felicidad, encanto, arrobamiento plenos. Todo esto ya lo sabe el Antiguo Testamento, en el que el corazón del hombre piadoso se entrega a Dios en donación amorosa, en acción de gracias, en confianza plena, en reverencia abismal libre felizmente de toda angustia.

Ahora bien, ¿qué sucede si ahora Dios nos envía su Palabra eterna al mundo en la forma de un niño? Entonces, en primer lugar se tratará de comprender qué quiere decirnos con esta nueva forma de hablar.

Seguramente, como siempre sucede por medio de su Palabra, Él dice algo de sí mismo. En todo lo que este Niño es y en todo lo que llegará a ser, como joven, como hombre, como maestro y hacedor de milagros, como el que calla ante el juez, como flagelado, despreciado, rechazado, como el que grita en el abandono de Dios en la cruz, como el sepultado, como el que vive nueva y eternamente de entre los muertos: en todo esto está la Palabra que Dios dice, y dice —en verdad— sobre sí mismo. Si Dios es la verdad por antonomasia, entonces necesariamente toda palabra que nos dice y que proviene del centro de la verdad debe ser también una declaración acerca de Él. Si Él es el bien por antonomasia, entonces se dona a nosotros en todas esas palabras que representan la vida y pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. Y si Él es la belleza por antonomasia, entonces la verdad y el bien que nos dice y regala es siempre también una realidad maravillosa en grado sumo.

Entonces, si Dios es un niño pequeñito, siéndolo Él dice: en toda mi omnipotencia, que Yo realmente soy y poseo, soy al mismo tiempo tan pobre y humilde y digno de confianza *como* este Niño, aún más, no sólo «como», soy realmente este Niño. Y cuando Jesús más tarde enseñará, hablará del último lugar en el que uno ha de ponerse, del servir, del dar su vida por los hermanos; y esto no sólo como enseñanza moral para los hombres, sino como algo que Él mismo es y realiza, como manifestación del corazón de Dios,

de su Padre. ¡Haz esto, pues así es Dios! Y ahora lo terrible. Cuando Jesús sufre por los pecadores y cargando los pecados ya no siente al Padre, y grita como el que es dejado caer, como el que muere sediento de Dios: ¡de nuevo, así es Dios! «Dios ha amado tanto al mundo», dice la Buena Nueva, «que ha entregado por él a su Hijo único» hasta llegar al estado de abandono –intemporal– de Dios. Y cuando Jesús se reparte a sí mismo como comida y bebida: ¡así es Dios! Sí, es el Padre quien nos ofrece esta palabra y esta carne de Dios –sangrienta, desgarrada, lacerada por los hombres– como participación en su vida eterna. Y cuando el corazón de Jesús es traspasado y transformado en un hueco vaciado en el que se puede meter el dedo y, con ello, el hombre entero –«en tus llagas escóndeme»–: ¡así es Dios! Una herida que alcanza hasta su corazón, y en la que nos sanamos.

Decir tales cosas no es ninguna exageración, sino un simple sentir meditativo cristiano con el misterio de Navidad. La Palabra de Dios se hace carne: carne que toma del pecho de la Madre, que más tarde lucha por la vida, que debe sufrir horrores y morir, pero que en todos sus estados y situaciones es Palabra de Dios y en todos ellos nos dice algo de la esencia de Dios. En conclusión: ¿adoramos la carne? No, sólo adoramos a Dios. Dios que es lo único que nosotros seguramente no somos, Dios el totalmente-Otro, el Ser por sí, el Omnipotente. Pero al que le ha placido mostrarnos que es suficientemente omnipotente para poder ser también impotente, que es suficientemente beato para poder también sufrir, suficientemente glorioso para poder ponerse en el lugar más bajo de su creación. Y Dios no obra «como si»: como si fuera humilde y pobre y un niño.

Sino que éste es su misterio: su riqueza consiste en un amor eterno que se regala sin reservarse nada; y su poder, en la posibilidad de regalar igualmente poder y libertad a otros seres, sobre los que no quiere predominar, a no ser por la impotencia de su cruz. ¿Cómo puede Dios no saber en su corazón, Él que ha creado a los niños, cómo siente el corazón de un niño?

Y ahora podemos preguntarnos: ¿existe un Dios que sea más misterioso e incomprensible que el Dios de los cristianos, precisamente por ser no sólo un Dios lejano, sino uno cercano, un Dios al que no se lo debe buscar sobre las nubes y adorar a una distancia irrevocable, sino el Dios que como un hombre, aún más, *siendo* un hombre se relaciona con nosotros y, haciéndolo, no deja de ser el Dios verdadero, totalmente-Otro, eterno, inmortal y omnipotente? Por el misterio de Navidad este Dios no ha perdido nada de su incomprensibilidad, sino que, por el contrario, se ha hecho aún más incomprensible. Sólo ahora podemos vislumbrar cuán lejos llega, en realidad, la omnipotencia divina: hasta la potencia de poder ser también un niño impotente. Y nosotros no podemos apartarnos de este Dios bajo el pretexto de que «ya nadie entiende nada» —al fin y al cabo, ¿es Dios verdaderamente Dios o tan sólo un hombre?—; más bien, somos remitidos siempre de nuevo a su presencia entre nosotros que desde el nacimiento de Jesús ya nadie puede pasar por alto. Nosotros giramos para apartarnos de Él, pero la figura de Jesús ya nos vuelve a encontrar desde el otro lado. No importa si nos hacemos marxistas o budistas, nunca nos escapamos de Él. La historia del mundo ha cambiado a partir de Navidad. Desde ahora sólo existe un sí o un no a

este Dios que se ha hecho concreto en Cristo. Sólo ahora existe un auténtico ateísmo. Y si es pura, ya no puede existir adoración más profunda que la cristiana.

Los Reyes Magos, los pastores, María: todos ellos adoran al Niño; como más tarde los discípulos, cuando alcanzan la fe, adorarán al hombre Jesús. Porque reconocen que es la Palabra personal, la expresión, la exégesis de Dios. Todo en Jesucristo dice: «Así es Dios, así es mi Padre y vuestro Padre que está en el cielo, así es nuestro Espíritu eterno. Yo os lo muestro, para que también vosotros intentéis vivir en esa dirección: «Sed perfectos como vuestro Padre celeste es perfecto, que hace salir el sol sobre buenos y malos»».

En la Palabra encarnada, entonces, nosotros podemos adorar a Dios de un modo nuevo, cristiano, porque no sólo muestra a Dios desde lejos, sino que ella misma es Palabra divina desde el corazón y la boca de Dios. «La Palabra era junto a Dios, y la Palabra era Dios», y esa «Palabra se hizo carne» y nos ha «explicado» a Dios que nadie ha visto. Pero, ¿qué pasa con todo el mundo restante? ¿Con los hombres en torno a nosotros, con todas nuestras acciones y trajín? Todo esto no es de ninguna manera Dios y, por tanto, de ninguna manera es digno de adoración. Es mundano, creatural, y no se ha de afirmar que en lo creado como tal exista en lo más hondo una chispa divina increada. Si no, deberíamos adorarnos a nosotros mismos. Sin embargo: ¿no existe algo verdadero en esta manera de hablar que dice que en el núcleo del ser humano existe algo divino? Como cristianos responderemos: sí, todo hombre tiene en

sí algo divino, pero no por naturaleza, en cuanto es creado, sino por gracia de Dios, en cuanto todos los hombres están destinados, elegidos y llamados a ser hijos del Padre y hermanos de Jesús y portadores del Espíritu Santo. Muchos, tal vez la mayoría, no saben nada o muy poco de esta vocación, y viven en lo pasajero como si aquí no existiera nada eterno. De tal manera, tampoco ven en el prójimo que encuentran nada que supere lo mundano. Ven su rostro, sus maneras, sus cualidades favorables y desfavorables; se alegran de las primeras, se molestan por las segundas. No ven que el otro es en Cristo un hijo-niño del Padre, amado por el Padre porque Cristo ha puesto su ser por él y lo ha hecho su hermano. También puede decirse: un hijo al que el Padre ama libre y voluntariamente de tal modo que ha entregado a su Hijo por él. Pagando, como dice San Pablo, un caro precio por ese amor suyo. Los hombres, habitualmente, ven en su semejante sólo alguien igual a ellos, un ejemplar fortuito entre millones, del mismo tronco del que son formados ellos mismos. Monedas de poco valor; algunas han salido mejor que las demás, tienen mayor valor de compra, mayor valor de colección que los demás. Nuestra psicología y sociología –hoy tan queridas– parten siempre de este presupuesto: «El hombre es hombre», en principio cada uno es sustituible por otro, porque al final todos son hechos según el mismo modelo, horneados en el mismo molde, modelados en el mismo torno.

Únicamente el cristiano tiene la posibilidad de percibir algo único en cada hombre que encuentra: un ser que no es conocido por Dios como un ejemplar meramente fortuito, sino al que Dios ama en su unicidad irrepetible e insustituible.

Esto se da sólo a partir de Jesucristo. La voz del cielo resuena sobre Él: «Tú eres mi Hijo amado en quien he puesto mi beneplácito». Tú y nadie más que Tú, que no puedes ser equiparado ni sustituido por ningún otro. Pero, en Ti me he encariñado de todos estos hombres, en Ti cada uno de ellos ha ganado algo de Tu unicidad primigenia.

Todos nosotros somos, como dice el Apóstol, «configurados a imagen de su Hijo», el cual se ha transformado en el «primogénito entre muchos hermanos». Y en el pensamiento eterno de Dios nunca fuimos otra cosa que tales hijos e hijas amados, «elegidos desde la fundación del mundo en Jesucristo para ser santos en su presencia».

Si esto realmente es verdad, ¿qué ve el cristiano en su semejante? No ve un ejemplar de ser humano cuestionable, barato, sumamente imperfecto, sino a través de todos sus defectos un ser único que Dios mismo ama con amor inconfundible, por sucia y enterrada que se encuentre en él la imagen de Dios. Y el Amor que ama a ese hombre es digno de adoración. No estamos diciendo algo ridículo: que los hombres han de adorarse unos a otros; sólo queremos afirmar esta cosa seria y grávida en consecuencias: que cada uno puede y debe llegar a ser para el otro un motivo para adorar el amor de Dios por nosotros, por cada uno de nosotros, así como es visto por Él.

Por ende, no necesitamos erigir ningún muro divisorio entre los momentos que reservamos para la oración y (así se espera) la adoración de Dios y nuestra vida cotidiana en la que tenemos que pensar en otras cosas. Naturalmente, si en nuestra jornada no liberamos un momento para recordar inmediatamente a Dios y en el que sentimos y meditamos

su amor eterno por cada uno de nosotros, entonces nunca se nos ocurrirán tales cosas cuando nos encontramos entre nosotros en medio del trajín de la vida diaria. Pero si una vez, meditando el misterio de la Navidad, nos abrimos paso hasta el amor adorable de Dios, entonces no existe ningún motivo para abandonar esa actitud de adoración durante nuestra tarea cotidiana, entonces no sólo permanecemos siempre rodeados por ese misterio, sino que cada encuentro con cualquier hombre nos lo pone de modo nuevo frente a nuestros ojos.

Existe un maravilloso antiguo himno latino de adoración del Santísimo Sacramento que antes estaba en todo libro de oración y cuya primera estrofa reza así:

*Adoro te devote, latens Deitas
quae sub his figuris vere latitas
tibi se cor meum totum subjicit
quia te contemplans totum deficit.*

Que podríamos traducir: «Divinidad escondida te adoro devotamente / que bajo estas formas te escondes verdaderamente / a Ti se entrega infinitamente mi corazón / que desfallece claramente ante Tu contemplación». – Ahora, me parece, se nos concede comprender bajo «estas formas» no sólo las formas del pan y el vino en las que la Divinidad se esconde, sino también todas las formas del mundo, las del hombre ante todo, pero también todas las demás que fueron creadas para el hombre y pertenecen a su hogar terreno. Quien pueda ver y hacer frente al mundo en tal actitud, de él podrá decirse que camina en la presencia real de Dios.

Muchos creen que para llegar a esto se necesitaría un largo tiempo de preparación meditativa y de ejercitación técnica. No lo creo. Basta con que simplemente traigamos contemplativamente a la memoria nuestra Fe, que en la Navidad recibe su prenda visible: «Tanto ha amado Dios al mundo» y a cada uno de nosotros «que ha entregado a su Hijo único por él» y por cada uno de nosotros. Este Hijo entregado está puesto ante nuestros ojos. Aquí en Navidad, en la Cruz, en el Domingo de Pascua, aquí en cada día ordinario del año litúrgico.

No podemos cerrar esta contemplación sin una última consideración. El Hijo que como Niño está tendido en el suelo ante nosotros no ha sido obligado por el Padre a esta encarnación. Sí, Él es el mismo y único Dios como lo es el Padre, del mismo modo perfectamente libre y soberano como el Padre y el Espíritu Santo. Él, el Hijo, se ha ofrecido desde toda la eternidad y en plena libertad divina a ser el buen garante en favor de la creación de Dios Padre; y en vista de este ofrecimiento, el Dios trino pudo osar crear un mundo como éste concretamente devino y aun caracterizarlo como «muy bueno». El Hijo recogerá en la cruz todo el indecible sufrimiento del mundo y le presentará al Padre la prueba de que se puede amar y adorar a Dios sobre todas las cosas aun en medio del abandono de Dios. Pero aquí, ¿qué sucede en el corazón del Padre? El ofrecimiento de sí del Hijo, ¿no lo ha tocado y traspasado desde la eternidad hasta lo más íntimo? Ante este ofrecimiento, ¿no debe haber quedado maravillado *ab aeterno* de que una tal idea pudiera surgir del abismo de la libertad divina? Esto, sin duda alguna, está

dicho de modo muy humano, ¿pero cómo podríamos expresarlo si queremos atenernos a la contraposición de las personas o hipóstasis divinas en la una y única divinidad? Y si ahora, en Navidad, la obra está cumplida y el Padre ve ante sí en el suelo al pequeño, un Niño que ya está marcado por la hora de las tinieblas a venir, entonces: ¿no se ha de designar este mismo asombro del Padre como una suprema forma de adoración? ¿Por qué no podría el Padre adorar la maravilla del amor divino del Hijo, igualmente como el Hijo en su vida terrena siempre ha adorado al Padre y a su voluntad amorosa? «Santificado sea Tu nombre; venga Tu reino, se haga Tu voluntad así en la tierra como en el cielo»: sí, esto es oración de adoración. Y el Espíritu Santo, que es expresión y testimonio del amor recíproco entre Padre e Hijo: ¿cómo no podría adorar, de nuevo, esa eterna adoración recíproca?

Dios es un milagro en la profundidad insondable de su esencia. En el misterio de su personalidad trina es un milagro para sí mismo. Dios nunca se acostumbra a Dios. Todo en Él es acontecimiento eternamente presente: el nacimiento del Hijo a partir del Padre, el latir mutuo del amor del Padre y del Hijo en la procesión del Espíritu Santo; todo esto es, para Dios mismo, digno de adoración.

No podemos, pues, imaginarnos que adorando a Dios cumplimos y nos libramos de una penosa obligación. Adorando, entramos simplemente en la verdad, la bondad y la belleza de Dios mismo y realizamos, también simplemente, la ley de la verdad, del bien y de la belleza de nuestra propia existencia, pues «Dios no está lejos de cada uno de nosotros, en Él vivimos, nos movemos y existimos, ... pues somos de su misma estirpe». ■

